

Atenea

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS Y
ARTES. PUBLICADA POR LA
UNIVERSIDAD DE CONCEPCION.

Año IX

Febrero de 1932

Núm. 84

Ricardo A. Latcham.

LYTTON STRACHEY

EN el período georgiano, que corresponde en la literatura inglesa al del actual rey, pocos prosistas han tomado más vuelo que Lytton Strachey, cuya muerte reciente se comenta en todo el mundo.

Strachey es uno de los aristócratas del estilo y su pensamiento ondula entre sutilezas y sub-entendidos finísimos. Poca labor para una vida más o menos laboriosa; pero la selección determinó siempre el rumbo de sus creaciones.

Strachey era alto, barbudo, desgarrado. Ojillos finísimos en que estaba agazapado un resplandor que, en su conversación, se hacía creciente. Algunos lo han definido como un volteriano. En uno de sus libros *Books and Characters* analiza con decidido sentido a Voltaire en sus relaciones con Inglaterra y con Federico el Grande.

Algo de carácter volteriano quedó prendido en su temple socarrón y sarcástico, que se escondía en el tapiz imaginativo de sus escritos.

El mérito fundamental de Strachey es ser el mejor de los biógrafos contemporáneos. Para ello estaba dotado de un maravilloso don psicológico y creador. En sus manos los personajes tradicionales cambiaban de

maneras y de posturas. El toque incisivo, la mueca, el corte hábil y casi imperceptible solían deformar la realidad convencional, el trazo solemne, la composición habitual.

Strachey era un técnico en la deformación más que un erudito. Su fantasía de novelador se paseaba por el ancho campo de los acontecimientos pretéritos.

Llegó a decir: «*Es tan difícil escribir una buena vida como vivirla*».

Por esto eligió dos mujeres fundamentales en la historia inglesa con el objeto de hacer acabadas pinturas de su época. Victoria e Isabel corresponden a los aciertos más acabados de Strachey. En *Queen Victoria* y en *Elizabeth and Essex*, Strachey supo ocultarse y rehuyó magníficamente toda demostración. En tal arte era definitiva su maestría. Tanta cuanto exacta su precisión ponderada, su tacto delicado, su don de sugestión.

La pintura de un período abarrotado de hechos y emociones no siempre se realiza de un modo directo y abrumador. No basta la erudición implacable, el culto de los ficheros colmados de datos y de referencias para triunfar en la moderna aventura biográfica; pues los acaecimientos al ser mirados desde el estricto punto de vista de la historicidad suelen ser fatigosos y monótonos.

Strachey no olvidó nunca ese profundo secreto técnico que constituye su éxito y su nota dominadora en las letras británicas. Ni Guedalla con su escrupulosidad erudita y su fuerza reconstructora, ni Lamb con su don épico y su implacable sabiduría, ni Aldington con su elegante aticismo, ni Drinkwater con su barroquismo y energía, ni Hilaire Belloc con su dramaticidad han logrado superarlo.

En Strachey dominaba el instinto certero del artista. Era tan buen escritor como psicólogo. El mundo femenino le entregó muchos de sus recursos ocultos, de

sus intrigas y maravillas. Pulsaba entre las vidas de las mujeres célebres y en otras opacas y significativas como un médico concededor de íntimas miserias.

¡Qué acertada es su estampa de Madame de Lieven en el último libro: *Portraits in Miniature*; y ¡cuán pe-



Lytton Strachey

netrante es su intención al revelar los cultos póstumos de Victoria por su marido y por un familiar escocés! En las líneas palpitantes de delicado humorismo de su autor se oculta una piedad comprensiva muy vasta y no pocas veces un sarcasmo culto por las miserias de los grandes personajes. En este terreno nunca se

sabe hasta dónde se puede llegar con Strachey. Ignoramos sus simpatías políticas y su esteticismo cualitativo le impide hacernos concesiones.

La línea de la distinción es uno de sus puntos invulnerables. Va presentando los hechos, desnudando las pasiones, ya sea la locura religiosa de Gordon, la manía recordatoria de la Reina Victoria, el apetito de mando de Essex, la ambición cazarra y el tartufismo de Bacon, el entrometido carácter de Madame de Lieven o la cortesanía de Voltaire, sin que se altere su rostro enigmático.

En presencia de la naturaleza humana, de la ambición y del arribismo, la cara del biógrafo no se arruga. Permanece impassible con una delicadeza imponderable. De vez en cuando, con poca frecuencia, una contracción marca levemente el rostro; pero es para desaparecer muy presto. El don de Strachey es connaturalizarse con toda la grandeza y miseria cortesana, con el meloso cortejo del arribismo y no pocas veces también con la dureza espléndida de los grandes espíritus.

¿Habría complacencia en el biografista, algo intoxicado de hedonismo, con este peligroso y delicuescente escenario de grandes sucesos? ¿O es que su moral planeaba más alto? ¿Hasta donde pudo ser moralizador el arte, no pocas veces sarcástico, del autor de *Eminent Victorians*?

Ese y otros problemas depararía tan curioso escritor. Materia sería de una larga investigación rastrear sus ideas morales y compararlas con las de sus contemporáneos y amigos: Aldous Huxley, Maurice Baring, Virginia Woolf, Max Beerbohm, a quien dedicó su última obra: *Portraits in Miniature*, David Herbert Lawrence y otros espíritus primordiales de Inglaterra.

Strachey prefirió conocer las épocas por medio de un panorama contemplado desde una eminencia coronada. La gran figura, al ser agotada por la investi-

gación histórica, suele ocultar la luz más débil de figuras subalternas. Para evitar la omisión de las penumbras en sus cuadros históricos, Strachey se detuvo en el análisis de muchas existencias secundarias, de muchas individualidades accesorias que no estaban suficientemente analizadas. Unas cuatro cartas, un detalle fugitivo, un encuentro decisivo, un hecho olvidado daban claves certeras y secretos asombrosos a este diestro buzo de los espíritus.

La dramaticidad suele asomarse por sus libros y en este sentido no hay nada, a juicio de algunos críticos, que lo revele más intenso y emocionado que sus maestras páginas tituladas: *The end of General Gordon*.

El arte de Strachey ha tenido una influencia imponderable en Inglaterra y en otros países. Su manera estaba descargada de externa intención moral, de deseo ejemplarizador, de majadería erudita. Por eso sus más finos dardos han caído sobre la pesada época victoriana, cuya grandiosidad supo destacar tipos de la más original envergadura como Disraeli, Gordon y el Cardenal Manning.

A través del último, Strachey sorprendió el movimiento de las conversiones en Oxford y a través del primero penetra en ese complicado mundo político en que fué un astro lleno de ridículas y geniales rutilaciones.

La biografía actual, esta especie de fiebre por la biografía que es característica del tiempo presente, arranca del gran escritor muerto. Maurois lo reconoce como maestro indiscutible y Lüdwig no logra jamás acercarsele ni en emoción ni en sensibilidad artística.

Strachey rehuyó el patetismo y la emoción, la sabía graduar en forma admirable. Algunos le reprocharon el mal gusto, el preciosismo; pero no podían faltar críticas a tan selecto espíritu. Con toda su carencia de intención política, Strachey fué típicamente *georgiano*, esto es un escritor sin prejuicios y que demolió muchas

convenciones del tiempo victoriano, cuyos defectos y grandezas para muchos ingleses constituyen la edad de oro del Imperio.

Strachey escribió muy poco y todo está marcado por su carácter selectivo.

Conocemos de él las siguientes obras: *Eminent Victorians* (1918); *Queen Victoria* (1921); *Books and Characters (French and English)*, (1922); *Landmarks of French Literature*; un estudio sobre el poeta *Pope* (conferencia pronunciada en 1925); *Elisabeth and Essex* (1928) y *Portraits in Miniature*, su último libro publicado en 1931.

En este libro reciente se realizaban las mejores cualidades de Strachey: el humor cortés, el escepticismo frío y no pocas veces sarcástico, la intención corrosiva y el tacto admirable con que se cortaba la vestidura del relato.

Desfilan allí las figuras más antagónicas: el Presidente De Brosses, Madame de Lieven, James Boswell, el Abate Morellet y entre otras evocaciones surgen seis estampas de historiadores ingleses: Hume, Gibbon, Macaulay, Carlyle, Froude y Creighton.

La historia, al modo antiguo y solemne, ya aparece lejana. Hoy día se busca el tecnicismo y las tendencias económico-sociales. Dominan libros de índole cíclica y laboriosa como los escritos por Spengler, Meyer y Sombart.

Pocos son los que aun se aventuran en la historia artística al modo de un Michelet, de un Taine, de un Gibbon, de un Froude.

Por esto la aventura de la biografía ha tenido tanto éxito y ha sugestionado a tan diversos espíritus. En tal sentido—lo ha dicho Benedetto Croce—la historia se democratiza y el dinamismo moderno, más externo que real, busca una compensación a las vidas opacas y deportivas en la lectura de vidas ejemplares. De ahí, pues, el suceso de tal género literario. Sea esto exacto

o no, será imposible confundir a Strachey, maestro selecto y a veces insuperado con el montón de biografistas industrializados y embriagados de patetismo. Su arte superior se eleva cual un mundo poético y realista a la vez donde hay estampas que nunca más olvidaremos, como las de Isabel y Essex, la de la vieja Victoria y sus ministros Gladstone y Disraeli, la del iluminado Gordon y la del ambicioso Essex. Mundo es éste que sólo un arte refinado ha podido recrear a su imagen y semejanza. Por esto con la desaparición de Strachey surge un vacío casi imposible de substituir en toda la literatura moderna. En su manera se armonizaba la potencia artística y los sugestivos dones del estilo con un poder de evocación que recordaba a los más fuertes animadores del pasado. La biografía—con Strachey—dejó de ser un arte familiar y casero y se encumbró hasta la creación novelesca que admiramos en un Proust o en un Lawrence.